

nada en las formas de retribución a los factores y de compensar las horas de trabajo ahorradas por la automatización con crecimiento. Producir más y más para que la máquina no se pare. Una solución insostenible e innecesaria.

Un experto de la Rand Corporation calculó que, dadas las tasas de aumento de la productividad, los Estados Unidos pueden llegar a satisfacer todas sus necesidades con sólo un 2 por 100 de su población activa, que equivale a un 1 por ciento de su población total. Es decir, que la cantidad de trabajo humano necesaria para satisfacer las necesidades materiales será 50 veces menos que el actual; por ejemplo, trabajar para comer sólo una semana al año. Esto es una caricatura, pero el argumento es cierto. Las máquinas pueden liberar al hombre de la necesidad de trabajar para cubrir necesidades materiales. La mejora en la tecnología lo hará posible, pero la posibilidad no se pondrá en práctica sin un cambio filosófico en las actitudes culturales hacia el trabajo.

El viejo proverbio de «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» se habrá de referir al sudor de las generaciones pasadas, que han acumulado la tecnología que hará los trabajos mecánicos. El valor supre-

mo que se concedía al trabajo obligatorio como loable y necesaria contribución a la supervivencia social se habrá de pasar al trabajo que se haga por gusto en favor de los demás. Se tendrá que aceptar el ocio creativo como un ideal de vida; por otro lado, anda desagradable. Sólo entonces se podrá establecer un sistema de distribución del producto que reparta entre los obreros desplazados el producto fabricado por las máquinas automáticas, sin necesidad de buscarles cuarenta horas de trabajo semanal en otro sitio. El círculo vicioso actual es así: Supongamos que IBM inventa una máquina que mecanografía textos dictados directamente por la voz humana, y con flexibilidad para introducir correcciones en lo ya escrito. Esta máquina —que si no existe ya podría técnicamente existir— liberaría a millones de secretarías de horas de trabajo mimético no creativo. Tal como están las reglas de retribución hoy, si esa máquina saliera a la venta, las secretarías serían las primeras en oponerse a ella. Una solución para aplicarla sería seguir remunerando a las secretarías igual y dándoles de ocio las horas ahorradas por la máquina, menos el tiempo proporcional para amortizar la inversión de la

máquina. Para adoptar este curso de acción se ha de cambiar la actitud filosófica —ética y moral— hacia el trabajo. Se ha de romper la secular ligazón entre ingresos y trabajo que inventó la civilización.

Descentralización

La gran ciudad es el corolario espacial de la especialización funcional, la gran burocracia es el corolario de la concentración de empresas y la tecnocracia es el corolario de la complicación debida a los grandes tamaños de las empresas, las administraciones públicas, las ciudades y las naciones.

La producción en establecimientos de pequeño tamaño, la administración en unidades territoriales y demográficas pequeñas y el asentamiento de fábricas y cualquier otra actividad en ciudades pequeñas es técnicamente posible. Las ventajas que supondría para la calidad de vida la desconcentración están en la mente de todos. Supondría, además, el ahorro de los enormes costes sociales que tiene la gran ciudad.

La Atenas clásica o la Florencia del Renacimiento no tenían más de 60.000 habitantes. Con esta base de población se consiguieron nive-

les culminantes en la cultura humana y descubrimientos de los que hemos vivido de renta durante siglos. Las ciudades no tienen por qué ser mayores, y si lo son, deberían fragmentarse en células de estas dimensiones: diámetro de unos 1.500 metros; distancia máxima al centro, andando, diez minutos. Sobre el tamaño de las unidades administrativas ya dijo con mucho sentido común Aristóteles que el óptimo es el que permite conocer a todo el mundo el carácter de sus conciudadanos.

En cuanto a las posibilidades de una tecnología descentralizada, las ideas son abundantes. El propio lord Keynes especuló, en medio de la depresión de 1930, sobre «las posibilidades económicas de nuestros nietos», y concluyó que no estaría muy lejos el día en que todos serían ricos. Entonces, decía Keynes, «valoraremos otra vez los fines por encima de los medios, y preferiremos lo bueno a lo útil. ¡Pero cuidado! Todavía no ha llegado ese momento. Al menos durante otros cien años debemos engañarnos pensando que lo hermoso es sucio y lo sucio hermoso, porque lo sucio es práctico y lo hermoso no». Contra esta predicción de Keynes, varios economistas afirman que no hemos de esperar sesenta años más para empezar a evaluar lo hermoso por encima de lo práctico o las consideraciones éticas antes que las utilitarias.

E. F. Schumacher, siguiendo las intuiciones del sistema económico que Gandhi perseguía, y basándose en el enfoque cultural hindú, ha acuñado el inesperado término «Economía Budista» para nombrar una economía que tenga como objetivo la consecución del máximo bienestar con el mínimo consumo. Esta economía se basaría en una mentalidad que ve la esencia de la civilización no en la multiplicación de necesidades, sino en el mejoramiento del carácter humano. Una de las bases de tal economía será la descentralización.

La concentración es un fenómeno relativamente muy reciente. Si los seres humanos tienen una historia de medio millón de años, la concentración espacial, productiva y estatal, sólo ha existido en la centésima parte de ese tiempo: sólo desde los Faraones, hace cinco mil años. Y en ese tiempo sólo en los países civilizados, es decir, los capaces de organizar grandes guerras e imperios. Todo el resto de la Historia de la Humanidad pertenece a la familia y el clan, tribu, aldea y ciudad pequeña.

Para corregir los efectos de la centralización, iniciada en Egipto y aumentada en el siglo XVII con el invento de la nación, y en el XVIII con el invento de la fábrica, será necesario que los hombres del siglo XXI aprendan a usar una tecnología descentralizada. No se trata de repudiar la tecnología, sino de asimilar la máquina a la función artesanal. Esto quiere decir, emplear la máquina en los labores

